



PASILLO NUEVO

ENTRE MULEY-ABBAS Y EL EMPERADOR DE MARRUECOS.

Emp. Africanos valerosos,
invencibles como fieras,
salid al campo de Marte,
arda en guerra el universo,
haciendo ver al cristiano
que sois dignos de respeto.
Vengan pues en hora buena
á conquistar este reino,
y sabrán de los marroquies
á dónde llega el esfuerzo.
Mas ya se habrá arrepentido
y habrá mudado de intento
al ver á sierra Bullones
que compite con el cielo,
y á mis valientes soldados
tan bravos como soberbios.
Venid, venid ignorantes,
conocereis por muy cierto
que Marruecos necesita
catorce Españas lo menos.
Ya lo contareis vosotros
de otro modo muy diverso,
si quedais para contarlo

uno vivo en cada ciento.

Oigo pasos, ¿quién ha entrado?

M. Es Muley-Abbas tu siervo.

Emp. En mucho cuidado estaba
cercado de mil recelos:

¿murieron ya los infames?

¿mataste los Nazarenos

que tuvieron la osadía
de alborotar á mi reino?

¿han quedado escarmentados?

¿saben ya tiene Marruecos
soldados que le defiendan

y que son hombres de arresto?

M. Señor, si me dais licencia
con la sumision que debo,
referiré francamente
varios acontecimientos
de las batallas y acciones
y resultados funestos
que ha tenido nuestra tropa;
pero gran señor, te ruego
no te escalores y oigas
todo mi razonamiento.



Emp. Concedo cuanto me pides,
háblame sin ser molesto.

M. Ya sabes que por la órden
de tu real mandamiento,
me coloqué á la cabeza
de tu formidable egército;
todos me siguen valientes,
y en los embistes primeros
peleaban con fervor,
atacaban con denuedo
todos juntos á la vez:
pero señor, me estremezco
al considerar los días
terribles de sangre y fuego;
perdimos la accion primera;
la segunda fue lo mismo;
igual pasó la tercera;
préstame hasta el fin silencio:
nos tomaron el Serrallo,
y mudé mi campamento
á la sierra de Bullones;
hicimos grandes esfuerzos,
pero tambien la tomaron.

Emp. De ira estoy que rebiento:
¿con que han tomado la sierra?
¿pues por ventura el terreno
no estorbaba á los infames
y protegía á los nuestros?

M. Señor, son tan ardidosos,
tan hábiles y tan diestros,
que si cogieran las nubes
ganarian hasta el cielo:
pues que del terreno habláis,
os aseguro y es cierto
que nos ha favorecido
con sus muchos parapetos;
que si no, no hay un soldado
en las filas de Marruecos;
pues han llegado á cobrar
tal valor los Nazarenos,
como temer nuestros moros,
pues en diciéndoles á ellos,
hechan todos á temblar
cuando no salen huyendo.

Emp. No puedo oír con paciencia
tan cobardes pensamientos.
¡Mis armas atropelladas

y mis valientes dispersos!
Sierra Bullones ganada
donde mi esperanza tengo!
imposible me parece
haber subido los perros
á los puntos que me dices!

M. Señor, no ha parado en eso,
no tengais duda, que son
muy ladinos y dispiertos,
tienen mucha disciplina,
á sus gefes muy atentos,
obedientes á los mandos,
y sobre todo guerreros:
saben de todos los oficios,
que los mas son ingenieros;
por los ásperos peñones,
por los bosques mas intensos
abren brechas y caminos,
pero todo en un momento,
y colocan los cañones
aunque sea allá en el cielo.
Al toque de sus cornetas,
¡de considerarlo tiemblo!
hacen las operaciones,
atacan con tanto arreglo,
que no temen el peligro.
El soldado Nazareno
pierde mil veces la vida
y no abandona su puesto:
los nuestros por el contrario,
que avanzan mucho es cierto,
en grupo muy apiñados,
y sin cautela en el riesgo;
que para perder un hombre
el enemigo, de hecho
perdemos nosotros mil;
que solamente por eso,
despues de una accion terrible
perdimos los Castillejos,
la Aduana, rio Martin,
la altura del Cabo-Negro;
alli les hicimos frente:
el combate fué tremendo:
parecia fin de mundo,
pero tambien nos vencieron:
los moros se dispersaron,
abandonaron sus puestos,

dejando á los enemigos
nuestras tiendas y camellos.
Tan escarmentados iban,
que ni en Tetuan quisieron
esperar á los españoles,
donde sin impedimento
del pueblo se apoderaron,
y una vez estando dentro,
no hay medio para que salgan.
Gran Señor, y te aconsejo,
que si vieras la ciudad
de la suerte que la han puesto,
te debias alegrar
en vez de tenerle tédio:
le han hecho calles y plazas
con tanto primor y aseo,
que parece una delicia
del Eden mas pintorezco.

Emp. Infame, te rogocijas
de darme tanto tormento,
tú, traidor, que has dado fin
de mis valientes guerreros?
¿Cuántas veces han querido
las naciones y los reinos
conquistar estos dominios
y nunca lo consiguieron?
Mas juro por el Dios grande
que te he de cortar el cuello;
retírate á la mazmorra,
que me voy á armar ligero
y á convocar mis vasallos,
y verás en poco tiempo
si recobro lo ganado
del villano Nazareno,
de ese cobarde ardidoso
que te impone tanto miedo:
quítate de mi presencia,
haz lo que te digo presto.
Espera.... Muley.... espera.....
datos positivos tengo
por el rey de Inglaterra,
que el español es perverso,
tirano con el vencido,
pero en acción poco diestro;
en viendo sangre muy débil
y hombre de poco esfuerzo.

M. Aunque contra mí lo digo,

señor, te juro y prometo
que en todo el mundo no hay
ejército mas guerrero
ni mejor disciplinado.

Al contrario de los nuestros,
avanzo con diez mil hombres,
mas en los tiros primeros
se dispersan, y me hallo
unos tres ó cuatro cientos.
El español no es así,
tiene obediencia y respeto,
y en viéndose precisados
forman un cuadro tan recto,
lo mismo que si formaran
una muralla de acero;
ocultan la artillería
bien colocada en el centro,
donde esperan nuestro embiste
muy sosegados y quietos;
y al desplegarse el cañon
con su mortífero fuego,
mata mas moros que arena
descubre ese mar soberbio;
y finalmente te digo,
que si va todo Marruecos
morirá, no hay que dudarlo;
y mira que te aconsejo,
que si no cesa la guerra,
se pierde tu vasto imperio:
el español es valiente,
es con el vencido atento,
muy cariñoso y amable,
muy generoso y muy bueno;
diganlo nuestros heridos,
que por el buen tratamiento
los alaban, los bendicen,
porque son dignos de aprecio.

Emp. No sé qué partido abraze!
estoy loco.

M. Así lo creo:
pero escucha mi dictamen
y te diré lo que pienso:
cuando vi á los cristianos
decididos y resueltos
á tomar á Tanger, quise
valerme de otro pretexto,
que fué pedir una tregua,

cosa que me concedieron:
 fortifiqué bien la plaza,
 arengué bien á los nuestros,
 y les dimos una accion,
 que fué el ataque mas recio;
 confiados en ganar,
 les causamos muchos muertos;
 y en la parte de nosotros,
 ¡con qué pena lo refiero!
 muy pocos quedaron vivos,
 y no quedaron que huyeron,
 perdida toda esperanza,
 viendo tan cercano el riesgo.
 Tanger lo ví ya vencido,
 como perdido el imperio;
 señor, abracé el partido
 de pedir un parlamento,
 y el general español
 me lo concede al momento:
 me presenté yo en persona,
 y por Alá le prometo
 que á toda costa haya paz
 con España y con Marruecos.
 Al oír mi petición,
 la concede muy atento:
 bástele ser español
 generoso, que á no serlo,
 el gran Mequinéz, tu corte,
 fuera de España por cierto.
 Me pidió las condiciones,
 que le otorgué sin recelo:
 pero la mas importante,
 no te horrorice el saberlo,
 son cuatrocientos millones
 contados en buen dinero:
 yo se los he prometido;
 el armisticio está hecho,
 que se pagarán á plazo,
 y cuando se dé el postrero,
 Tetuan vuelve á nosotros,
 y entretanto será de ellos.

Emp. ¡Qué es esto que á mí me pasa!
 ¡no sé lo que estoy oyendo!
 ¡que borron para mi nombre!
 qué fama para mi reino!

Dios grande, dame la muerte,
 que yo sin honor no quiero
 vivir mas en este mundo
 de tanta vergüenza lleno.

M. Reflecciona, gran señor,
 lo que te estoy refiriendo,
 que mi palabra no sirve
 si no das consentimienio;
 mas mira bien lo que haces,
 que si el iuglés embustero
 te dijo diversas cosas,
 fue por encender el fuego:
 lo que te digo es muy justo,
 no desrecies mi consejo:
 cese ya la mortandad,
 mira, señor, por tus pueblos,
 que los reyes en la tierra
 son regidos por el cielo;
 si Marruecos ha vencido
 otras victorias, es cierto
 que al español protege
 el Dios grande, no hay ramedio.
 Házte amigo de la España,
 civilizarás tu reino,
 y tendrás muchas ventajas
 de ilustracion y comercio,
 y finalmente serás
 feliz en lo venidero.

Emp. Ya me tienes decidido
 con tu prudente consejo:
 anda, confirma la paz,
 todo mi poder te entrego,
 con España quiero paz,
 paz eternamente quiero;
 abomino á Inglaterra,
 sus tramas y sus enredos:
 á España se le concede
 cuanto pida de mi reino;
 y luego que me reponga
 y haya pasado algun tiempo,
 le declararé la guerra
 al Inglés, que tuvo ingenio
 de oponerse con España
 por sacar partido en ello.

FIN.

